

NOTICIARIO  
BIBLIOGRAFICO

"HISTORIA DEL IMPERIO", por Demetrio Ramos Pérez, Catedrático de Geografía e Historia de Instituto.—Madrid, 1942.—275

páginas.—47 mapas.—20 pesetas.

"Historia del Imperio": ese es el título. Naturalmente, se trata del Imperio Español. Desde su construcción hasta su desmoronamiento. Título ambicioso; pero que se llena de contenido denso.

Penetremos en el libro, tras nuestro guía, que nos va a mostrar el edificio en todas sus piezas.

Los elementos: los países que van a componerlo en Europa y en un mundo que saldrá de las aguas.

Los artífices: nuestros Reyes Católicos, Carlos I y, en América, esa pléyade de héroes entre los que "aun los de segunda fila enorgullecerían a muchas naciones".

Los mantenedores: Felipe II y los Virreyes de América.

Desde luego, el análisis ingrato, y un tanto morboso y derrotista, de la decadencia, se desliza rápido: interesa más lo que exalta que las visiones deprimentes.

## CONTENIDO

Los cinco primeros capítulos versan sobre la formación del Imperio español en su parte europea. Recoge la trayectoria medieval que conduce al Imperio, a fines del siglo XV. Estudia la idea imperial en León y Castilla; y la necesidad imperial de Aragón, proyectada hacia el Este al tropezar con Castilla en el siglo XIII. El intento de unidad, tuvo ya precedentes malogrados, como el de Doña Urraca y Alfonso el Batallador. Nos muestra a Isabel hondamente preocupada por las consecuencias de su enlace matrimonial; y la feliz determinación que satisfacía a la vez sus aspiraciones como Reina y como mujer. Con Fernando e Isabel nace el Imperio, al que acechan cuatro peligros principales: "1.º La presencia política de Felipe el Hermoso. 2.º El matrimonio de Fernando el Católico con Germana de Foix. 3.º La ambición de Colón y de algunos capitanes. Y 4.º Las apetencias extranjeras."

Granada-Navarra-Rosellón.—Nos conduce luego ante el Reino de Granada, como primera proyección imperial después de la Unidad. Seguimos su conquista en visión casi cinematográfica, en la que la línea general no sacrifica el detalle

interesante. Pasamos al Rosellón y La Cerdaña. Y de allí a Navarra, cuya conquista cree justificada por la alevosa conducta de los Albret, sin que sean precisas las razones morales de la excomunión.

Potítica interna.—El cuadro interno de la Península es conciso, pero jugoso. Desfilan la Nobleza, los Maestrazgos, los Municipios y las Cortes: "instituciones ya existentes" a las que los Reyes Católicos no hicieron sino adaptar a las necesidades de su época, sin crear "una dictadura estatal", como han afirmado sus detractores. Resuelven la cuestión religiosa en su triple aspecto: cristiano-musulmán-judío, sin preocupaciones raciales, pues "los hombres de todas las razas cabían en el Imperio". Van en busca de la unidad espiritual que evitó a España las sangrientas luchas de Religión.

El Imperio en Europa.—Empieza con la política matrimonial y las luchas de Italia, que son como los jalones primeros. Sigue con la política de Carlos. Con sus luchas contra nuestra principal enemiga: Francia. Sus esfuerzos contra la fuerza disgregadora del protestantismo. Sus expediciones contra el turco. Sus ansias por componer las piezas de una Europa rota y lograr el ideal de Unidad Católica. Felipe II recoge la herencia de Carlos: aquel Imperio, donde "no se ponía el sol".

Pero Felipe no hereda sólo la gloria y el poder; mas también los afanes. Así lo vemos en sus luchas con Francia, a la que pudo y no quiso aplastar tras San Quintín. Su pugna con el Islam, que culmina en Lepanto. Su celo religioso, cuyo exponente es Trento, la Invencible, etcétera. El Imperio adquiere una de las piezas largo tiempo codiciada: Portugal. La unidad peninsular está lograda. En medio de tanta gloria, "fué muy poco afortunado en su propio hogar". A las 42 años, el señor de tan vasta monarquía no tenía heredero.

## DECADENCIA

Al morir Felipe II "puede decirse que penetramos en el siglo XVII, glorioso para las letras y las artes, pero clave de nuestro declive imperial".

Viene el forcejeo. El querer mantener la fuerza que corresponde a una fachada tan imponente. El dejarse uno a uno los jirones de ese Imperio que se desmorona. Hoy es Holanda con Felipe III, o el Rosellón y Portugal bajo Felipe IV; mañana será el Franco-Condado con Carlos II, o Italia y Flandes en el tratado de Utrecht. "España, alejándose lentamente de su

misión imperial, fué vencida; el levé florecimiento durante los reinados de Fernando VI y Carlos III, fué sólo el estertor. Faltaba el último episodio, y éste sería proporcionado por la invasión napoleónica."

## AMÉRICA

Como quien se sacude una penosa impresión, dejamos el capítulo quinto, el de la decadencia, y entramos en regiones donde se respira aire más puro.

El autor nos presenta el territorio, con sus habitantes, los restos prehistóricos, arqueológicos y artísticos.

Nos habla luego de las noticias que se hallan en la literatura antigua sobre el continente americano. Las leyendas. Los conocimientos geográficos y científicos del siglo XVI. El impulso descubridor de Portugal, hermana ibérica que comparte con nosotros la gloria de ser creadora de naciones.

## DESCUBRIMIENTO

La epopeya colombina con sus viajes, incidentes, ambiente legendario, dificultades, ambiciones, etc., tienen amplia acogida. Junto al de Colón, los no menos gloriosos de Ojeda, Alonso Niño, Bastidas, Vespucio, Pinzón, Diego de Lepe, Balboa, Nicuesa y otros por las Antillas y América Central. Los de Solís y Torres en el Plata. El de Magallanes y Elcano alrededor del orbe.

## LA CRUZ Y LA ESPADA

Fundamenta los derechos de Conquista que puede exhibir España: el derecho de ocupación de tierras vacantes; la misión evangelizadora encomendada por los Papas; la tarea de corregir el atraso cultural indígena; el derecho de primer descubridor; incluso la voluntad popular que puso en muchos casos a los indios de parte de los españoles.

Presenta la acción española en todos "sus aspectos: conquista militar, política económica y religiosa". Es quizá éste uno de los capítulos más densos. La Espada va abriendo paso a la Cruz.

## CENTROS DE IRRADIACIÓN

Vemos luego que los puntos descubiertos se afianzan, dan lugar a centros colonizadores, focos que van extendiendo su influencia. Saliendo de La Española, acompañamos a Velázquez a Cuba, a Esquivel hacia Jamaica y Ponce de León a Puerto Rico.

Hernández de Córdoba, Grijalva y luego Cortés, el conquistador del imperio azteca. Pineda recorrerá el citado golfo, mientras Ponce de León va a Florida, de donde Menéndez de Avilés expulsará a los hugonotes franceses.

## MÉJICO O NUEVA ESPAÑA

La conquista de Méjico es presentada e ilustrada con todo detalle. Viene luego la proyección hacia el norte y hacia el sur. Hacia el sur, vemos en el istmo centroamericano a los Alvarado, Olid, Dávila y otros, mientras en lo que hoy es Panamá pululan los exploradores como Pedrarias, Meneses, Tello de Guzmán, etc. Recorrerán la costa del Pacífico atrevidos marinos, como Andagoya, Espinosa, Castañeda y muchos más. Hacia el Norte partirán los Mendoza, Grijalva, Córdoba, Vizcaíno y luego Oñate, Coronado, los cuales escudriñan, recorren y traen noticias de Nueva Galicia, California y demás regiones al norte de Méjico. Mientras, Hernando de Soto, Moscoso y Cabeza de Vaca recorren los territorios del Mississipi y Misuri.

De Méjico parten expediciones hacia el Pacífico también: Saavedra hacia Nueva Guinea abre el camino que luego servirá para la ruta de Filipinas y otros archipiélagos. No hay lugar para otra cosa, que una somera indicación de temas. El curioso lector los verá tratados con estilo fácil y expresivos gráficos. En el libro hallará un arsenal ameno de datos que ilustran la gestación de nuestro Imperio ultramarino.

## AMÉRICA DEL SUR

También aquí se perfila esa actividad española de conquista y penetración. Desfilan ante el lector Bastidas y García de Lerma en Santa Marta, Quesada y el mito del Dorado, Heredia en Cartagena, Belalcázar en Quito, los Welser en Venezuela y el utópico P. Las Casas, que tantas armas ha dado a nuestros enemigos.

Ocupa lugar preeminente, la epopeya de Pizarro y Almagro en el Perú, con sus glorias y miserias, sus enconadas luchas civiles y la muerte de Atahualpa... Nos relata la odisea de Orellana por el Amazonas; la trágica expedición de Ursúa y el loco Lope de Aguirre, en cuya actitud creen ver algunos el primer intento de independencia; la penetración en Chile con Almagro y la conquista por Valdivia. También en las regiones del Plata se derrocha heroísmo: díganlo si no, entre otros, Diego García, Mendoza, Ayolas y Salazar. Dígalo la fundación de ciudades como Asunción y Buenos Aires. No en vano "en un siglo dió España al mundo mil Lingwinstones".

De Cuba saldrán hacia el golfo de Méjico

## EL PACÍFICO Y EL ORIENTE

Emprendemos, con el Sr. Ramos, en este capítulo, las rutas que nos dirán la prodigiosa audacia de nuestros antepasados, espíritus inquietos y andariegos, que surcan aquellas aguas vírgenes, en frágiles carabelas de inverosímil tonelaje.

Laisa y Elcano en Tidores, Saavedra y Ortiz de Retes en Nueva Guinea, Villalobos en Filipinas, Mendaña en las Salomón, Torres y Quirós en Australia, Legazpi, Salcedo y Fr. Urdaneta conquistando las Filipinas: en todas las encrucijadas del mundo están apostados unos puñados de españoles que llevan el sentido imperial en la sangre. Los hallamos en China, en el Camboya, en el misterioso Japón, tan reacio al extranjero: en él San Francisco Javier, con su trabajo misionero abre camino a sus hermanos en religión y a la influencia española en el lejano Oriente.

## ACCIÓN DE ESPAÑA EN AMÉRICA

Los ocho últimos capítulos presentan la obra de los Virreinos en los siglos XVI y XVII, y luego las Reformas borbónicas en el siglo XVIII. Señaló el combate continuo contra los piratas que son ingleses, franceses u holandeses, nuestros enemigos y detractores; quienes, no obstante las calumnias vertidas contra España, nos han dado ciento y raya en las barbaridades cometidas en sus colonias. Estudia la organización política y social de América, con sus organismos principales: Consejo de Indias, Casa de Contratación, Virreinos, Gobiernos y Capitanías Generales; el Régimen Municipal, la Hacienda, el problema de la población, las encomiendas, las mitas y los obrajes.

Destaca el trabajo de los religiosos franciscanos, dominicos y mercedarios primero, jesuitas y otros religiosos después. Estudia el Patronato Real, la organización de la Iglesia en Indias, la Inquisición, "a la que no estaban sometidos los indios"; pone de relieve, desde el punto de vista económico, cómo, a cambio de metales preciosos, "España legó al Nuevo Mundo algo más apreciable y duradero, base de su actual prosperidad económica": productos agrícolas y ganadería. Sigue el estudio, en acertada síntesis, de la minería, de la industria, del monopolio comercial y del sistema de flotas, que hoy nos copian, muchas naciones. Y es que España tuvo que improvisar, ya que antes del Imperio Español no hubo ningún otro que fuese un precedente. El Imperio Romano actuó sobre países ya civilizados, algunos con culturas milenarias de mayor madurez que la latina. España, no.

España tuvo que ir creando toda la armazón imperial. Los frutos se han visto. Los que vinieron después, franceses, holandeses, ingleses, a pesar de sus críticas y de poder corregir los pretendidos errores nuestros, lo han hecho infinitamente peor.

Termina este libro "completo y maduro" con un breve capítulo que analiza someramente las causas de la independencia americana.

## PRESENTACIÓN TIPOGRÁFICA

Para terminar esta reseña señalaré uno de los méritos más importantes de "Historia del Imperio": su copiosa ilustración. Casi se podría decir de él, que es un texto-atlas de Historia de América, lo que le da un gran valor pedagógico. Al mismo tiempo viene a llenar una laguna en ese aspecto. La división del texto en dos tipos de letra y la distribución del trabajo, que tiene el mérito de la concisión y de la claridad, sin descuidar el pormenor, son un acierto.

No sólo por lo que dice, que es mucho; sino aún más por lo que sugiere, seguramente será muy apreciada la obra de D. Demetrio Ramos.

Francisco SEVILLANO.

"HISTORIA DE LAS CIUDADES", por Eduardo

Aunós Pérez.—318 páginas.—Editora Nacional (Madrid, 1942).—Precio, 25 pts.

Con este título aparece una obra, en la cual su autor, mediante cuadros sueltos, muestra la evolución de la urbe en sus más variados aspectos (costumbres, organización política, arte, comercio, estudios, etc.), destacando siempre aquella nota específica y aquellos elementos que en el tiempo y el espacio distinguen a cada una de ellas.

El libro, que consta de unas 300 páginas en cuarto grande, está dividido en nueve capítulos; y un proemio que es un fervoroso canto a la ciudad anónima en que transcurre la vida "con sus gratas rememoraciones y hondos sentires".

Los epígrafes de sus capítulos marcan una ordenación cronológica que abarca: (I) La creación y gobierno de la Ciudad Antigua. (II) Atenas y Roma, cumbres de la Antigüedad. (III) La ciudad en la Alta Edad Media. (IV) La vida urbana en la Europa Medieval. (V) La ciudad en el Renacimiento. (VI) Idem en el siglo XVIII. (VII) Idem en el XIX. (VIII) Idem en nuestros días. El último capítulo es una apología a las

ciudades extintas; finalizando con el desarrollo de la vida actual en las ciudades.

Con pincelada rápida describe, en sus cien primeras páginas, la fundación, medio ambiente, vida social y civilización de las distintas aglomeraciones urbanas que fueron alma de otras tantas monarquías, repúblicas e imperios (Menfis, Tebas, Babilonia, Nínive, etc.), en la que, junto al dato arqueológico, figura el histórico y social. Con el análisis de estos y otros factores, pero siempre mostrando preferencia por dar un retrato de la vida social en el lugar y época, describe el autor la Atenas de Pericles con sus filósofos y artistas; la Roma de Trajano con el Foro, sus termas y espectáculos; la Constantinopla de Justiniano con su Basílica y costumbres; la Lutecia de Juliano el Apóstata y París de los Merovingios y Granada la del Rey "chico".

Ya en el Renacimiento, y a base de figuras destacadas en la Historia, desfilan ante el lector la aldea de Madrid hasta su llegada a capital de España; el lujo de Florencia con Lorenzo el Magnífico y la fastuosa corte pontificia de Julio II a León X; juntamente con otras capitales en las que señalará los vicios y aciertos de aquella sociedad renacentista.

El siglo XVIII lo vemos a través del cristal de las ciudades italianas, con sus fiestas y carnavales; la etiqueta y corte de los Papas y la aparición del tipo de aventurero que nos ha conservado la Literatura.

Los siglos XIX y XX, a los que dedica la mitad de su obra están tratados con más detenimiento, distinguiendo las épocas con títulos tan expresivos como: La Viena de los tratados y los valeses.—El tipo dandy y el dandysmo.—El Romanticismo.—La corte rusa, su esplendor y derrumbamiento.—La Barcelona... del "Senyor Esteve".—El clima social de 1900.—Amberes.—Nueva York. La época de los "buildings", etcétera, etc. En donde al lado de escenas de la Revolución Francesa, vemos la corte de Francisco José de Austria, el vértigo de la urbe americana y la nota castiza o folklórica de Madrid.

Al hablar en el último capítulo de las ciudades extintas, las rememora con henchido lirismo llamándolas "Ciudades muertas latido del pasado", y a ellas dedica "el fervido elogio de esta obra", donde dice: "Quise cantar el prestigio de la vida urbana y su sentido trascendental."

Finalmente, personifica el carácter de la sociedad de la post-guerra por la degeneración de

las artes (el cubismo, jazz, música negra, etc.), las libertades de la mujer y la huida del campo, que pierde el individualismo del arado para desembocar en la masa amorfa del proletariado de la capital (empleados, oficinistas, etc.).

La obra está ilustrada con 45 dibujos y grabados de la época, de la mejor factura.

Vicente FONTABELLA.

**EDAD MEDIA.—Diez siglos de civilización**, por Enrique Bagué.—Editorial Miracle, Barcelona.—Primera edición.—Agosto, 1942.

Entre las varias obras últimamente publicadas que tratan de deshacer los conocidos tópicos de considerar a la Edad Media como período de tinieblas, en el que la humanidad caminaba a ciegas en medio de las invasiones y de la anarquía del feudalismo, ha aparecido un nuevo libro, no uno más, sino una obra nueva: un estudio nuevo realizado por Enrique Bagué sobre este período medio entre las civilizaciones clásicas de la antigüedad pagana y el "Renacimiento" de estas mismas civilizaciones, pero impregnadas de un nuevo sentimiento, el Cristianismo. Para realizar este estudio, Bagué se vale de las crónicas que nos dan noticias de los hechos realizados por la humanidad, y de las leyendas, cuentos moralizadores, cantares de gesta, etc., que si no son narración de hechos sucedidos realmente, muestran al menos los sentimientos de una época y la espiritualidad de los hombres que los forjaron.

Así, pues, el propósito del autor es demostrar que la Edad Media tuvo luces que alumbraron la humanidad, no siendo un período oscuro ni "edad de tinieblas", sino que fué un período en el cual los restos de las civilizaciones clásicas se conservaron gracias a estas "luces", y pudo transmitirlas a los nuevos tiempos que reciben el nombre de "Renacimiento".

Para demostrar este concepto de la Edad Media, nos muestra el desarrollo de la vida de la humanidad, con sus descensos y elevaciones, con sus vicios y virtudes, con sus focos de cultura y los elementos de difusión de ésta; así, primero es Roma, más tarde Constantinopla y Ravena, con los valores espirituales y culturales que brillaron en cada una de ellas. Los monasterios, con su origen y organización, serán en los momentos de las invasiones los retiros tranquilos en los que, con los monjes, se refugiaron la civilización y la cultura.

Recorriendo paso a paso los hechos históricos del medievo, hace desfilan por sus páginas a los

Papas, defensores del pueblo cristiano; a los monjes construyendo monasterios e iglesias; a los obispos españoles que supieron colocar el nombre de España en alto lugar: los orígenes y desarrollo del Renacimiento carolingio; a los árabes con su misión de transmisores de culturas, y a los mozárabes con sus traducciones.

Presenta la vida en la Edad Media, basándose en documentos, crónicas, leyendas, milagros y cantares de gesta, siendo unas veces las ceremonias de la construcción de monasterios; en otras, la rudeza de costumbres, dulcificadas gracias al esfuerzo de la Iglesia y a la ternura persuasiva de la mujer. El ideal cristiano que se muestra en actos de piedad, en las peregrinaciones y en hechos guerreros como las Cruzadas. El amor que hace surgir a los trovadores; el espíritu militar y ascético que ocasiona las órdenes militares. El intercambio de productos, que da lugar a la aparición de los mercaderes y del comercio, que, a su vez, trae como consecuencia las industrias con sus gremios. Otra nueva faceta de las inquietudes del medievo es el estudio, del cual nos presenta tras largo proceso la formación de las Universidades en los diversos países. La aparición de los órdenes mendicantes y, finalmente, los tiempos del "destierro de Aviñón", durante los cuales destaca un enamorado de "lo romano", Petrarca, iniciador de una nueva etapa de la vida, el Renacimiento, que, originándose en Italia, es Florencia quien más influye en su total desarrollo.

Es la obra, pues, una acertada visión de conjunto de la Edad Media y, al mismo tiempo, una muestra de lo que fué la vida en este período de la Historia, en el que, a pesar de la anarquía y el desorden de las invasiones y del feudalismo, la humanidad supo avanzar en el camino de su civilización conducida por la Iglesia, dejando los sedimentos en los que tan firmemente se apoyarían los tiempos posteriores.

R. BROTONS.

**DÁMASO ALONSO.**—**"LA POESÍA DE SAN JUAN DE LA CRUZ"**.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Antonio de Nebrija.—304 pgs.—Madrid, 1942.

Cuando Dámaso Alonso eligió su camino dejando atrás la cruz terminal de los "Poemas Fijos" y los poéticos mojoneros diseminados por las revistas literarias, no pudimos menos de saludarle con un ademán siempre cariñoso, pero

profundamente entristecido por este abandono de la pura creación poética.

Una vez más hemos vuelto a sentir hoy la nostalgia de sus poemas —tantas veces añorados—, al leer la dedicatoria con que se abre "La Poesía de San Juan de la Cruz", porque toda la privilegiada sensibilidad de Dámaso Alonso ha aflorado apretada y prodigiosamente en el corto espacio de las tres páginas iniciales del libro que ocupa.

Y es más: creo que hubiera nacido del mismo modo aquella dulce nostalgia con la sola lectura del cuerpo fundamental de esta obra, porque como las florécias silvestres pueblan los húmedos tejados de viejos y vetustos caserones, así florece el sentido delicado y poético de Dámaso Alonso entre los áridos surcos de la erudición literaria. Y es que en "La Poesía de San Juan de la Cruz", no se sabe qué tiene mejor sabor, si la aguda visión del estudioso erudito, o el fino paladar del delicado poeta.

"Creía —nos dice— que ante la poesía de San Juan de la Cruz lo mejor era admirar y callar. Y esto es lo que quise hacer primero, en estas fiestas conmemorativas de 1942." Pero, afortunadamente para nosotros, este silencio se malogró, y la humilde actitud del autor se vió iluminada por la gracia inefable del santo.

Bajo este signo de patrocinio, comienza el catedrático de la Universidad Central por plantear los problemas fundamentales que entraña la poesía de Juan de Yepes, para después fijar, como único puerto de su búsqueda, la fisonomía que se oculta bajo el manto del problema literario, desdoblado en dos interrogantes:

"¿En qué relación está la poesía de San Juan de la Cruz con la tradición literaria, inmediata o mediata, que existe en su tiempo?"

"¿En qué reside la fuerza de su prodigiosa virtualidad estética que aun hondamente, exquisitamente nos perturba?"

Y el Sr. Alonso, en la indagatoria de cuál pueda ser el rastro de la tradición literaria del tiempo en la poesía del santo castellano, inicia su tarea adentrándose por sus versos como por un bosquecillo, tan breve como deleitoso, en el que advierte dos sendas, "dos sendas que llegan a nosotros y que nos invitan a una doble exploración: tras los elementos cultos, tras los elementos populares".

"Tras los elementos cultos" —poesías de metro endecasílabo al modo italiano—, la senda nos lleva a Garcilaso y Sebastián de Córdoba. San Juan de la Cruz conoció y leyó con especial

placer la obra de Garcilaso, y conoció y leyó con especial interés la de Sebastián de Córdoba; pero el guía experto que nos va conduciendo por estas páginas, se queda perplejo ante el último hecho, porque el libro de Sebastián de Córdoba es un "un aborto literario", al decir de Menéndez y Pelayo.

"¿Cómo es posible —se pregunta el Sr. Alonso— que San Juan de la Cruz, el altísimo poeta; se aficionara a este libro, que lo hiciera compañero espiritual suyo, que se inspirara en él para algunas de sus geniales creaciones?" Y es aquí donde el autor —advirtiéndolo honradamente— se adentra en el terreno de las hipótesis, pero hipótesis tan lógicas, tan naturales en una psicología que experimenta las reacciones del santo, que habrá que admitirlas como muy próximas a la realidad, sino como ciertas.

Juan de Yepes, el entusiasta lector de Garcilaso, ha vuelto su mirada hacia Dios y lucha entre dos fuerzas: de una parte, la devoción a las líricas bellezas del toledano; de otra, el místico amor a Dios, que le invita, dulce, pero hondamente, a separar de sí el profano sabor de aquella misma poesía. Por eso el libro de Córdoba es un verdadero filón para San Juan, que gusta así a lo divino lo que tenía vedado a lo profano.

Por el otro sendero encontrado—el popular, el de los versos de metro octosílabo a la manera tradicional castellana—, vamos a los Cancioneros y al Romancero. San Juan de la Cruz, pueblo mismo, no pudo menos de recoger las más puras y castizas escencias populares que firmemente llevaba arraigadas en su corazón de poeta; tan arraigadas, que no vacila tampoco en llevar esa solera a las composiciones de metro largo.

Pero aún hay que señalar una influencia decisiva en el místico carmelita antes de dejar agotada la respuesta a la primera de las incógnitas planteadas, y el Sr. Alonso acude a ella para ir analizando, con su peculiar y amena minuciosidad, los patentes rastros del divino "Cantar de Cantares"; no sólo en el "Cántico espiritual", sino también en la total obra del de Yepes.

No obstante, no es el vínculo de la poesía de San Juan de la Cruz con la tradición literaria de su tiempo lo que ofrece mayores dificultades al investigador y al crítico. Es el estilo el que exige un mayor esfuerzo en la observación y el análisis; pero precisamente aquí es donde el autor logra su éxito más acabado.

Si bien una búsqueda inicial acaba pronto en la más descorazonadora falta de consecuencias,

más tarde Dámaso Alonso acude a la intuición, y su delicado espíritu de poeta, puesto "al arma", halla el punto de partida para una fructífera investigación.

"¡Velocidad —resume—, condensación, desnudez expresiva, prodigio de la palabra en su nitidez original!", estos son los rasgos descubiertos por la intuición desabocada; pero el azor erudito, descubierta ya la presa, se aplica al plan de caza que ha de darle esa fisonomía oculta, ese fundamento "en que reside la fuerza prodigiosa de su virtualidad estética" y que se hurtó en la primer rebusca.

"Y eso que llamábamos —terminará— condensación, velocidad, fuerza expresiva de la palabra desnuda, se traduce ahora en sintetismo de las nociones, función predominante del sustantivo. Función predominante del sustantivo a expensas del adjetivo, a expensas de la función verbal."

Y al fin aparece aquí el hallazgo de esa peculiar fisonomía que constituye el encanto diferencial que "separa la magia suave, sedosa, prolongada, del estilo de Garcilaso, de la llama ruda, veloz, dulcemente herida, a ratos remansada en perfume y pausada música del estilo de San Juan de la Cruz".

Pero todavía queda por observar la temática y estructura de los poemas del místico carmelita, y "uno a uno —como nos dice el Sr. Alonso después de un detenido análisis— nos han ido mostrando, junto a su encanto específico, el cumplimiento de una ley común. La estructura de cada uno de estos poemas muestra tal dominio del desarrollo, una tan intuitiva, pero tan sabia ordenación, gradación y contraposición de las partes, que, del lado humano, San Juan de la Cruz se nos prueba consumado técnico, un refinado artista de la palabra como instrumento literario."

El trabajo del Sr. Alonso ha logrado fijar, en el perfil poético del Santo, unas cuantas líneas fundamentales que de manera indeleble quedarán ahora trazadas. Algunas de ellas eran antes tímidos esbozos, otras no habían sido siquiera esbozadas; pero unas y otras han sido minuciosamente desmontadas, meticulosamente examinadas, y con el fruto de este "inspirado" análisis ha podido Dámaso Alonso obrar el prodigio de escribir firme, a la par que lo hacía con ese garbo peculiar de escribir firme, a la par que lo hace con el garbo peculiar de su pluma, que camina con la graciosa delgadez de una primaveral brisa castellana.—A. Z.

**"ESTUDIO SOBRE LAS CUEVAS PALEOLITICAS VALENCIANAS".**—Núm. 6 de la *Serie de Trabajos Varios*, publicados por el S. I. P. (*Servicio de Investigación Prehistórica*), de la Exema. Diputación Provincial de Valencia. 1942.

Esta publicación del S. I. P. nos da noticia de las estaciones del Paleolítico en la "Cova-Negra de Bellús" y cueva del "Parpalló" en Gandía.

El de la Cova-Negra de Bellús por el miembro del S. I. P. Dr. D. Gonzalo Viñes Masip, asesinado durante la dominación marxista, el cual inició los trabajos de investigación, no pudiendo llevarlos hasta su fin. Por ello, faltando una completa excavación y estudio de los restos arqueológicos, presenta este estudio un avance, con la relación detallada del material fósil encontrado en dicha cueva, de la fauna del cuaternario, realizada por el miembro de la sección de Paleontología del Museo Nacional de C. N., José Royo Gómez.

De la Cueva del Parpalló, no dando tampoco (por no ser esa la finalidad de este estudio) detalles de la excavación, nos presenta su autor, Vicente Sos Bainat, de la misma sección del Museo Nacional, otra relación en forma de avance de la fauna encontrada en esta cueva.

Acompaña a esta publicación, como dedicatoria, unas notas necrológicas del sacerdote sebastense Dr. D. Gonzalo Viñes Masip. Y, al final, dos láminas con fotografías de las cuevas objeto de este estudio.

**R. BROTÓNS.**

**GARIN ORTIZ DE TARANCO (FELIPE).**—**"LOA Y ELEGÍA DE PALOMINO EN SU DECORACION DE LOS SANTOS JUANES" DE VALENCIA.**—Val. 1941.

Un acierto de oportunidad ha tenido, en primera impresión, el docto y joven secretario de la Academia Sr. Garin, al dedicar su discurso de ingreso en la Escuela de San Carlos valenciana al estudio rememorador de los perdidos frescos del techo que fueron decoración maravillosa ejecutada en la valencianísima iglesia de los Santos Juanes por el magistral y formidable pintor cordobés, erudito teólogo e insigne tratadista de arte don Antonio Palomino de Castro y Velasco. Las

circunstancias históricas reclamaban esta evocación a la par dolorosa y útil; y el afán estudioso precisaba de una monografía de esa dimensión y tono, que es a la vez síntesis de apreciaciones críticas, de observaciones jugosas y aditamentos eruditos, de relacionamientos estilísticos y datos inéditos u olvidados cuyo conjunto permite formar amplio juicio de la personalidad del famoso pintor en el momento psicológico de la realización que se estudia, de la admirable y difícil ejecución de su obra, de la grandiosa significación e inmenso valor artístico de la misma, de las enseñanzas técnicas y de las influencias locales que promueve, así como del ambiente y vicisitudes en que se desenvuelve.

El Sr. Garin, que produce este trabajo en ocasión de recibir un bien merecido galardón por su anterior labor artístico-cultural, hace patentes en esta nueva producción la fertilidad de su preparación técnica, su tenacidad de rebuscador erudito, su competencia crítica y sus no escasas dotes literarias, que dejan al lector el regusto de la amenidad difícil de lograr en estas exposiciones en que, con frecuencia, la exactitud descriptiva impone una prosa prolija, aquí salvada con sugestiva habilidad.

A seguido se inserta el discurso contestación del académico Sr. Marqués de Lozoya, breve y sustanciosa recapitulación del barroquismo, que recuerda las admirables lecciones de cátedra de este ilustre historiador de arte hispánico, amigo entrañable y maestro del autor de la "Loa" que recensamos y de la laboriosa promoción universitaria coetánea que ahora se muestra con prestigioso impulso.

*J. Ch. G.*

**Vicente Escrivá: JORNADAS DE DON JUAN DE RIBERA, PATRIARCA Y VIRREY.**—300 págs.—Portada y viñeta de A. Lambert.—Valencia.—Tip. Moderna. 1942.

En la vitrina de la librería ostenta la obra, sobre una faja, las palabras con que Bartolomé Mostaza calificara el estilo de V. E. con ocasión de su SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA: "El estilo de Vicente Escrivá recuerda, y a veces mejora, a los grandes prosistas levantinos". Tal aserto puede inducir a error al lector desprevenido, haciéndole creer que tiene ante sí un libro



de artificio literario, en el que lo más digno de apreciar sea precisamente la gala estilística. Nada más lejos de lo cierto: el estilo del libro que vamos a reseñar es uno más de sus valores, pero en modo alguno se trata por ello de una composición literaria. Aunque muchos crean que la fría y seca prosa conviene más al trabajo histórico que cualquier otra, hemos de decirles —aprovechando esta coyuntura— que yerran por completo y que hemos de convenir con Goethe que “lo mismo que la fantasía es madre de toda poesía, también lo es de toda historia”, es decir, que también conviene al trabajo histórico la reconstrucción de ambientes, el adorno literario, la sugerencia nacida al socaire del dato y de la investigación.

V. Escrivá en XXIII capítulos busca el modo de traer de nuevo a la bibliografía moderna una figura que, como el Patriarca fundador, virrey y casi santo, huella tan honda grabó en la memoria de una ciudad donde no había nacido, pero con cuyo destino de modo tan completo se identificó. Busca y consigue hacer una biografía propia del siglo XX, sin candideces ni hipercríticas. Anando en difícil arte de construcción histórica, los pasajes necesariamente áridos, con la resurrección de ambientes, tipos y costumbres. No le ha sido al autor, sin embargo, muy trabajosa esta difícil conjunción, ya que en su obra anterior, a la que hace referencia en sus palabras “Al lector”, trató un ambiente muy similar, cuyos personajes eran casi los mismos, en un marco idéntico. No queremos decir —y el creerlo así podría conducirnos a no interpretar bien la coherencia de la obra histórica de V. E.— que el autor se haya limitado mimetísticamente a reproducir lo que ya una vez realizó, sino que el conocer el tiempo y la documentación es una de las mayores garantías que el lector y el historiador pueden encontrar en las JORNADAS de V. E.

“Parece una novela”, diría en lenguaje familiar cualquiera poco versado en materias históricas, y —sin saberlo— haría el mejor comen-

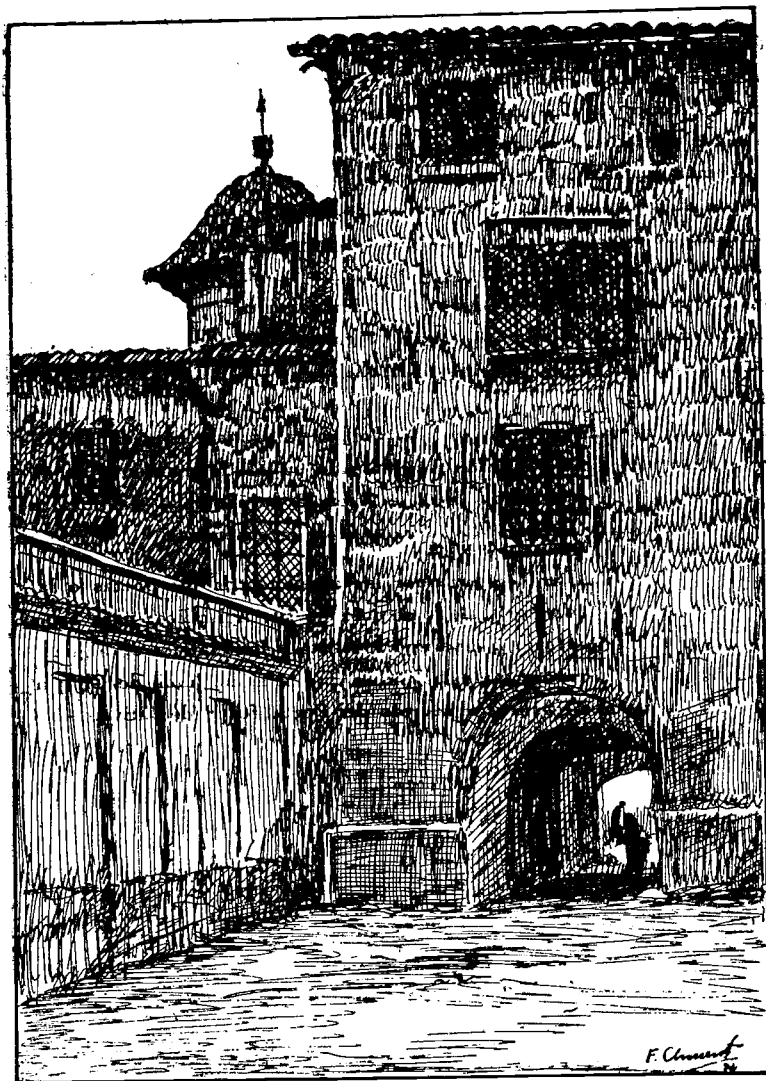
tario —y más acertado— del libro cuya crítica hacemos. Evidentemente, la historia fluye de un modo espontáneo, y lo mismo que la ciencia no admite, con relación al proceso geológico de la Tierra, las viejas teorías catastróficas, no podemos creer ya en la grandilocuencia de los hechos históricos, al modo como nos los presentan algunos autores. La novela nació como imitación de la realidad cotidiana, fingiéndose incluso, muchas veces, historia real, sucedidos que habían acontecido. Por ello lo mejor que podemos decir de un libro que quiera reconstruir una figura del pasado es —volviendo la oración por pasiva— que “parece una novela”. Y el arte del autor se nos revelará aún más vivamente si comprobamos de un modo documental que cada parlamento que se atribuye al personaje protagonista e incluso a los que a su alrededor figuran, han sido tomados de fuentes fidedignas, de correspondencias cruzadas, de documentos irrefragables.

Por ello V. E. al final de sus JORNADAS DE DON JUAN DE RIBERA nos presenta unos apéndices en que de modo escueto y somero se abren al investigador los caminos a seguir en una profundización más honda, en un deseo de temas monográficos más concretos de las partes interesantes de la vida del beato patriarca.

Documentación, construcción, estructura sólida y estilo son los calificativos que cabe aplicar al libro de V. E., con alborozo al poder disponer en el siglo XX de la biografía del virrey y patriarca que tanto significó en momentos graves de la historia de España, tales como el delicadísimo de los moriscos, que el autor trata con verdadera elegancia, estableciendo un parangón entre la paradisíaca estampa de la literatura liberal y la dura realidad de las depredaciones que los no cristianos realizaban sobre la tierra en que, al fin y al cabo, habían nacido.

Libro de grata lectura y de información histórica muy útil.

M. B-G.



Játiva. EL PORTAL FOSC. -- Dibujo a pluma, por F. Climent Vila

Según Pascual y Beltrán, en la capilla de la Virgen de Consolación que había sobre la puerta o portal de Valencia, en Játiva, se fundó en 1520 un convento de monjas dominicas, que procedían del de Nuestra Señora de los Angeles, de Barcelona. Durante más de cuatro siglos la vetusta mole del monasterio cabalgó sobre la oscura galería que daba paso a la Alameda, extramuros de la ciudad, y cuyo nombre —Portal-fosch— es hoy ya sólo una evocación más que de aquel pasadizo lóbrego y pintoresco, de la arrinconada plazoleta y de la clausura religiosa a quienes comprendía con su tipismo la denominación popular. Al Portal-fosch llegaban anualmente, en la fecha de la Asunción, en solemne desfile procesional, los Cabildos setabenses, renovando la entrega de la tabla titular de

Nuestra Señora, que recibe aún muy devoto culto en la iglesia conventual, casi único vestigio arquitectónico de la mansión derribada. Es una rara pintura esa de la Virgen de Consolación, llena de burdos retoques, apenas más vieja que la fundación, con argénteas incrustaciones de icono, de aire ingenuo y traza inhábil y arcaizante, que vista de lejos ha podido excitar la fantasía de ciertos críticos hasta llegar a considerarla, unos, como muestra de las más espléndidas del arte valenciano, y otros, como admirable obra gótica del siglo XV, de autor desconocido. Pero la verdadera joya que atesoraba este convento entre sus estancias de bovedillas moldeadas y arcos de yesería renacentista —y se ha salvado, por suerte—, es el maravilloso tríptico, obra muy probable de Juan de Juanes, cuya tabla principal representa, con gran influencia italiana, las delicadas figuras de la Virgen, el Niño y Santa Ana. La tradición dice que fué regalo del Duque de Calabria a su amada hija la “ILUSTRISIMA Y VIRTUOSISIMA RELIGIOSA SOR HIERONIMA D'ARAGNO”. cuya vida formó parte de aquellas señoriales comunidades del Portal-fosch. El cuerpo principal que antaño las albergaba fué aniquilado por la piqueta roja en 1937, y sólo el tesón heroico de las religiosas continuadoras ha sido capaz de mantener en el modesto recinto de su iglesia y tramos anexos, la supervivencia vernácula y religiosa, ahora encauzada también por la caridad de la enseñanza.

Para alimento del recuerdo, para comprender las alusiones de los poetas o las escenas novelísticas, como la imaginada por Galdós en uno de sus Episodios; para saborear este ambiente recoleto y contemplativo, el modismo localista y los matices de alguna devoción pretérita, hay que dar un vistazo a esa estampa en que la mano hábil de Climent Vila ha esbozado la silueta, el silencio y el secreto del Portal-fosch de Játiva.—J. Ch.



**ACADEMIA**



**MARTÍ**

FUNDADA EN 1881

ESTUDIOS GRADUADOS  
DE PRIMERA ENSEÑANZA  
BACHILLERATO - EXAMEN  
DE ESTADO - CLASES ES-  
PECIALES DE FARMACIA Y  
.. .. CIENCIAS .. ..

Caballeros, 30

Teléfono 11868

VALENCIA

Primera Enseñanza. - Ingreso Bachillerato

Examen de Estado. - Comercio. - Contabilidad

Escuela Náutica

Preparación para

oposiciones

Cultura general

Centro de Enseñanza

“AKADEMOS”

Reconocida por el Ministerio de Educación Nacional

Monjas de Santa Catalina, 4 y Bisbe, 5

VALENCIA

(Entre Don Juan de Austria y Pintor Sorolla)

Teléf. 16703

SAITABI